

Hoy en día ustedes son lo que son no debido a la bondad de ustedes, sino debido a la gracia de Dios. Todos somos receptores de esta gracia, y un día vendrá cuando habrá una celebración universal y una exhibición de esta maravillosa y tremenda gracia de Dios.

**LA GRACIA DEL SEÑOR JESUCRISTO
IMPARTIDA EN SUS ESCOGIDOS
A TRAVÉS DE LA ERA NEOTESTAMENTARIA ALCANZA
SU CONSUMACIÓN EN LA NUEVA JERUSALÉN,
EN LA CUAL EL DIOS TRIUNO PROCESADO Y CONSUMADO
SERÁ LA GRACIA QUE TODOS LOS CREYENTES
DISFRUTARÁN POR LA ETERNIDAD**

La gracia del Señor Jesucristo impartida en Sus escogidos a través de la era neotestamentaria alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén, en la cual el Dios Triunfo procesado y consumado será la gracia que todos los creyentes disfrutarán por la eternidad (Ap. 22:21). ¡Aleluya por la Nueva Jerusalén! La Nueva Jerusalén será la consumación máxima de esta maravillosa gracia de Dios. En la Nueva Jerusalén el Padre será la luz, el Hijo será el árbol, y el Espíritu será el río como nuestro suministro eterno. Hoy en día se nos ha encomendado el evangelio de esta gracia. Salgamos a predicar este evangelio como mayordomos de la gracia de Dios. —J. L.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

El evangelio de la paz (Mensaje 5)

Lectura bíblica: Jn. 14:27; Ro. 15:33; Ef. 2:13-17; 4:3; 6:15; Col. 3:15

- I. El Dios Triunfo es un Dios de paz—Ro. 15:33; 2 Ts. 3:16; Gá. 5:22:
 - A. El Nuevo Testamento nos habla tanto de la paz de Dios como del Dios de paz; la paz de Dios y el Dios de paz son, de hecho, uno solo—Fil. 4:7; He. 13:20.
 - B. La paz de Dios es el Dios de paz infundido en nosotros a través de nuestra comunión con Él—Ro. 16:20; Fil. 4:9; Jn. 14:27; 16:33.
- II. Debido a la caída del hombre, en la humanidad existen muchas ordenanzas, costumbres, hábitos y diferentes maneras de vivir y adorar, todas las cuales han dividido, dispersado y confundido a la humanidad; hay paredes de separación entre las diferentes nacionalidades y grupos raciales, por lo cual entre el linaje humano no hay paz, sino únicamente enemistad, discordia y guerra—Ef. 2:14-15; cfr. Sal. 46:9; Is. 2:4; 9:6-7; 11:6-9; Mi. 4:3; Zac. 9:10.
- III. Debido a que no puede haber paz en el universo sin Cristo, el Pacificador, necesitamos que Cristo sea nuestra ofrenda de paz—Ef. 2:14-15; Col. 1:20; Lev. 3:1-11; 7:11-37:
 - A. Como el cumplimiento y la realidad del tipo de la ofrenda de paz, Cristo es nuestra paz; por medio de Él y en Él tenemos paz con Dios y unos con otros—Ef. 2:14; Col. 3:15; 1 Ts. 5:13b.
 - B. Aparte de Cristo, no podemos tener paz con Dios ni con los demás; esta paz sólo podemos obtenerla por medio de Cristo, con Cristo y en Cristo—Ro. 5:1; 12:18.
 - C. Un ejemplo de la ofrenda de paz es el becerro gordo de Lucas 15:23-24, el cual representa el disfrute apacible entre el padre que recibe, Dios, y el hijo pródigo que regresa, el pecador.
- IV. Cristo es paz, Cristo hizo la paz, y Cristo vino para anunciar la paz como evangelio—Ef. 2:13-17:
 - A. Cristo mismo es “nuestra paz”, que de ambos pueblos, los judíos y gentiles, hizo uno—v. 14.

- B. En la cruz Cristo abolió la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad; en particular, Él murió para quitar la pared que separaba a los judíos y los gentiles—vs. 14-15:
1. La paz es posible únicamente cuando se ha puesto fin a todo lo que es contrario a la economía de Dios—Col. 1:20; 2:14-15; 3:15.
 2. Por medio de la sangre de Cristo fuimos hechos cercanos tanto a Dios como al pueblo de Dios—Ef. 2:13, 18-19.
- C. En la resurrección, Cristo vino como el Espíritu para predicar la paz como evangelio—v. 17:
1. El Cristo que murió como el Pacificador, derramando Su sangre para reconciliarnos con Dios, vino a nosotros como el Espíritu vivificante, e incluso como el Espíritu que predica, para predicar el evangelio de la paz—Col. 1:20; 1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17a; Jn. 20:19, 21, 26; 14:27; 16:33.
 2. Jonás es un tipo del Cristo que anuncia el evangelio de la paz—Jon. 1:1; 3:2:
 - a. El nombre hebreo Jonás significa “paloma”; esto indica que Dios quería que Jonás saliera como una paloma a predicar el evangelio de la paz—1:1.
 - b. Jonás tipifica al Cristo que predica el evangelio de la paz a los gentiles—3:2; Mt. 12:41.
- V. El caballo blanco de Apocalipsis 6:2 es un símbolo de la predicación del evangelio de la paz, un evangelio limpio, puro, justo y aprobado a los ojos de los hombres y de Dios:
- A. En la cruz la flecha fue arrojada y penetró en el corazón del enemigo, la batalla fue peleada y la victoria se ganó; por lo tanto, el arco sin flecha es una declaración de que la guerra ya terminó y que la victoria se ganó para constituir el evangelio de la paz—Sal. 45:5; Jn. 12:31; He. 2:14; Ef. 6:15.
 - B. Ahora la lucha ha terminado, y el evangelio de la paz es proclamado de una manera pacífica—Hch. 10:36; Ef. 2:17; 6:15.
- VI. En el vivir corporativo del Cuerpo y para el vivir corporativo del Cuerpo, necesitamos que Cristo sea nuestra paz—2:14; 4:3; Col. 3:15:
- A. En el vivir corporativo del Cuerpo debemos guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz—Ef. 4:3:
 1. Cristo abolió en la cruz todas las diferencias que había

- entre la humanidad ocasionadas por las ordenanzas, y al hacer esto Él hizo la paz para Su Cuerpo; esta paz debe unir a todos los creyentes y por lo tanto llegar a ser el vínculo de la paz—2:15; 4:3.
2. Si permanecemos en la cruz al practicar la vida de iglesia, la paz que Cristo hizo en la cruz llegará a ser el vínculo en el cual guardemos la unidad del Espíritu—Mt. 16:24; Ro. 6:6; Gá. 2:20; Ef. 2:15; 4:3.
 3. Las barras que unían las tablas del tabernáculo representan el espíritu mezclado —el Espíritu divino mezclado con el espíritu humano regenerado— el cual llega a ser el vínculo de la paz; en nuestra experiencia, el vínculo de la paz es la cooperación que nuestro espíritu le brinda al Espíritu que une, el Espíritu que nos cruza—Éx. 26:26-29; Ef. 4:3.
- B. Para tener la vida del Cuerpo, necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro, que regule y decida todas las cosas de nuestro corazón en nuestras relaciones con los miembros de Su Cuerpo—Col. 3:15:
1. Fuimos llamados a la paz de Cristo en un solo Cuerpo—v. 15.
 2. Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas que haya entre nosotros; entonces tendremos paz con Dios verticalmente, y con los santos, horizontalmente—1:20; 3:15.
 3. La paz de Cristo, al actuar como árbitro, elimina las fricciones que hay entre los miembros del Cuerpo, y la vida de iglesia es preservada en unidad y en dulzura—vs. 12-15; Ro. 12:4-5, 18; 14:19; He. 12:14.
- VII. A fin de participar en la guerra espiritual, debemos calzar nuestros pies con el firme cimiento, el establecimiento, del evangelio de la paz—Ef. 6:11, 14-15:
- A. En la cruz Cristo hizo la paz por nosotros, tanto con Dios como con los hombres, y esta paz ha venido a ser nuestro evangelio—2:13-17.
 - B. Este evangelio de la paz ha sido establecido como un firme cimiento con el cual podemos calzar nuestros pies; estando calzados así, tendremos una posición firme para poder estar de pie y pelear la batalla espiritual—6:11, 14-15.

MENSAJE CINCO

EL EVANGELIO DE LA PAZ

En este mensaje llegamos al cristal correspondiente al evangelio de la paz. En el mensaje anterior que trató sobre el evangelio de la gracia de Dios, vimos que la gracia no es otra cosa que el propio Dios Triuno impartido a nuestro ser para que le disfrutemos como nuestra vida a fin de que Él sea todo para nosotros y haga todo por nosotros. Cuando esta gracia es impartida a nuestro ser y la disfrutamos, el resultado es la paz. Lo que sigue a la gracia es siempre la paz. La gracia es necesaria para que haya paz, y la paz es siempre una señal de que la gracia está presente. Por tanto, es bastante lógico que ahora vayamos a hablar acerca del evangelio de la paz. La paz es un asunto de gran importancia en la Biblia. El apóstol Pablo menciona la paz en la conclusión de casi todas las Epístolas, de Romanos a Hebreos.

Para tener el debido aprecio por este tema de la paz, quisiera comenzar describiendo un “trasfondo”, en contraste con el cual esta verdad resplandeciente en cuanto al evangelio de la paz tendrá mayor prominencia. ¿Cuál es este “trasfondo” o qué es aquello que contrasta con la paz? Este contraste debe de ser la ausencia de paz. En esta tierra no hay el menor indicio de paz. Prácticamente toda persona y todas las naciones aspiran a disfrutar de una situación pacífica tanto interna como externamente; no obstante, después de miles de años de buscar la paz, todavía no hay paz sobre la tierra. Hoy en día hay muchos institutos de investigación así como centros de estudio que dedican mucho tiempo y dinero a investigaciones académicas en torno a la mejor manera de prevenir guerras, lograr el desarme de las naciones y resolver conflictos. Sin embargo, toda esa investigación y estudio no ha tenido mayor eficacia, pues la paz no puede ser lograda por medio de tales investigaciones.

Hay muchas palabras de moda o frases conocidas que a los medios de comunicación les gusta repetir hoy en día y que denotan un mundo carente de paz. Algunas de estas frases son: *conflictos personales, rivalidad entre hermanos, disputas familiares, brecha generacional,*

enfrentamientos raciales, tensión étnica, guerras tribales, luchas por el poder, choques ideológicos, luchas políticas, conflictos religiosos, choque de culturas, disputas nacionales y hostilidad global. Todos los días encontramos muchas de estas frases en los periódicos, en la televisión o en la Internet. Si los medios de comunicación no contaran con tales eventos sobre los cuales informar, no tendrían mucho que decir. El conflicto y la discordia sirven para sustentar toda la industria periodística. Las personas están interesadas principalmente en las malas noticias y los conflictos. Me atrevo a vaticinar que en la era del reino no habrá más periódicos y que en la Nueva Jerusalén no habrá más Internet. “Que no hayan noticias es una buena noticia”. Cuando Cristo gobierne y reine en la eternidad, Su reino será un reino de paz perenne. Ya no habrá necesidad de policías, ejércitos ni armas. Ya no habrá más puntos de control en los aeropuertos. Todo esto debido a que la Nueva Jerusalén es una ciudad de paz; de hecho, la palabra *Jerusalén* significa “el cimiento de paz”. La Nueva Jerusalén es la expresión máxima y consumada de Dios mezclado con la humanidad. Así pues, el fruto de esta mezcla es una ciudad, y tanto el testimonio de esta ciudad como su estructura es la paz: Jerusalén. Es muy significativo que al final de la Biblia tengamos esta ciudad, una consumación tan pacífica. La Biblia comienza con el Dios Triuno, quien es paz (Ro. 15:33; 2 Ts. 3:16; Gá. 5:22), y termina con la ciudad de paz. Por tanto, hoy en día tenemos que predicar el evangelio de la paz.

En el Evangelio de Lucas, mientras los pastores velaban sobre sus rebaños, los ángeles se les aparecieron y les proclamaron una especie de evangelio al decirles: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres de Su complacencia!” (2:14). Cuando Cristo nació, primero, hubo gloria a Dios y, después, hubo paz entre los hombres de Su complacencia. La frase *los hombres de Su complacencia* se refiere a quienes fueron predestinados y escogidos conforme a Su beneplácito de tal modo que haya verdadera paz entre los hombres. La encarnación de Cristo trajo paz a la tierra. En *Himnos*, #49, Charles Wesley se refiere a la paz al menos dos veces. La primera estrofa dice: “Gracia y paz trae a la tierra / El recién nacido Rey. / Dios en paz con los pecadores”. En la tercera estrofa se proclama: “¡Gloria al Príncipe de Paz!”. Aun cuando este himno dice algo que guarda relación con el hecho de que Cristo es la paz, en la gran mayoría de himnos que hablan de la paz es difícil encontrar algo que esté al mismo nivel de la revelación que hemos

recibido. Tal vez algunos de nosotros podamos escribir algunos himnos nuevos sobre la paz.

En este mensaje desarrollaremos el bosquejo para ver de qué manera vino la paz, cómo ella opera y de qué manera podemos experimentar la paz genuina aquí en la tierra.

EL DIOS TRIUNO ES UN DIOS DE PAZ

El Dios Triuno es un Dios de paz (Ro. 15:33; 2 Ts. 3:16; Gá. 5:22). En la Biblia Dios tiene muchos títulos. Uno de estos títulos de gran riqueza es *el Dios de paz*. Romanos 15:33 dice: “El Dios de paz sea con todos vosotros. Amén”. Me encanta esta declaración tan sencilla. ¿Qué más podríamos desear? Si el Dios de paz está con nosotros, lo tenemos todo. En 2 Tesalonicenses 3:16 se nos dice: “El mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera. El Señor sea con todos vosotros”. No hay bendición más grande que la de tener al Señor de paz en nuestro ser y que Él nos dé paz continuamente. Vivimos en un mundo lleno de aflicción, y nuestras vidas están llenas de angustias. La sociedad está en caos, y el universo está en ruinas. Así pues, parece imposible que las personas experimenten la verdadera paz. No obstante, nosotros tenemos esta paz, el Dios de paz está con nosotros, y el Señor de paz nos da paz continuamente.

Si ustedes me preguntaran qué es lo que más necesito en mi vida diaria, yo les diría: “Denme un poco de paz”. Dondequiera que nos volvemos encontramos problemas. Incluso en nuestro fuero interno estamos llenos de problemas. No importa hacia dónde volvamos nuestra atención —a nuestra familia, a nuestra escuela o a cualquier otro aspecto de nuestra sociedad— todo lugar está lleno de problemas. Sin embargo, el Señor nos dejó una querida promesa antes de ser crucificado. En Juan 14:27 Él dijo: “La paz os dejo, Mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”. Al decir esto, fue como si el Señor dijera que Su único legado para nosotros sería Su paz. Esta paz es simplemente el propio Cristo como Espíritu, el “otro Consolador” (v. 16).

El Nuevo Testamento nos habla tanto de la paz de Dios como del Dios de paz; la paz de Dios y el Dios de paz son, de hecho, uno solo

El Nuevo Testamento nos habla tanto de la paz de Dios como del Dios de paz; la paz de Dios y el Dios de paz son, de hecho, uno solo

(Fil. 4:7; He. 13:20). Filipenses 4:7 habla de “la paz de Dios”; después, el versículo 9 menciona al “Dios de paz”. Hebreos 13:20 también menciona “el Dios de paz”. *La paz de Dios y el Dios de paz* son dos frases maravillosas. En realidad estas dos frases son una sola y la misma; pues la paz de Dios es el Dios de paz, y el Dios de paz es la paz de Dios. Esto indica que cuando tenemos a Dios, tenemos paz.

Tenemos paz genuina cuando disfrutamos a Dios mismo. Allí donde no hay Dios, no hay paz. Efesios 2:12 afirma que estábamos “sin Dios en el mundo”. El mundo es un lugar sin Dios; por tanto, no puede haber verdadera paz en este mundo. Allí donde Dios está, hay paz. Es posible que de improviso nos veamos forzados a estar en medio de situaciones y entornos difíciles y conflictivos, incluso en medio de situaciones tormentosas y agitadas. El hermano Lee describió todas las rebeliones que han tenido lugar entre nosotros como “tormentas”. No obstante, debido a que él era un “viejo soldado”, podía estar completamente en paz incluso cuando los “disparos y cañonazos” silbaban a su alrededor. Al pasar por esos tiempos tormentosos, muchos de nosotros estábamos muy preocupados, pues temíamos que el recobro del Señor se desplomara; pero al igual que el Señor, cuando estaba con los discípulos en aquella barca en medio del mar agitado, el hermano Lee permanecía “en la popa, durmiendo sobre el cabezal” (Mr. 4:38). Qué bueno que tengamos un folleto del evangelio titulado: *¿Está Jesús en tu barca?* Si Jesús está con nosotros, tenemos paz, independientemente de cuán severa sea la tormenta. Casi todos nosotros pasamos constantemente por alguna especie de “tormenta” en nuestra vida diaria. Es posible que estemos en medio de una situación difícil en nuestra vida familiar, en nuestra vida matrimonial e, incluso, en nuestra vida de iglesia. La única solución para estos problemas es Cristo mismo. La única solución es Dios mismo. Nuestro Dios es el Dios de paz, y Él nos trae la paz de Dios.

La paz de Dios es el Dios de paz infundido en nosotros a través de nuestra comunión con Él

La paz de Dios es el Dios de paz infundido en nosotros a través de nuestra comunión con Él (Ro. 16:20; Fil. 4:9; Jn. 14:27; 16:33). Este punto del bosquejo parece ser muy sencillo; pero en realidad nos habla de un asunto de gran profundidad relacionado con nuestra experiencia. Estos asuntos están estrechamente ligados a nuestra experiencia. ¿Tenemos al Dios de paz en nuestra experiencia? ¿Ha sido Él infundido en

nosotros? Podemos experimentar esto únicamente mediante la oración y la comunión. A medida que tenemos comunión con el Señor, la gracia viene a nuestro ser y, cuando esto sucede, estamos por completo en una condición de paz. A esto se debe que el apóstol Pablo declarase: “La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil. 4:7). Nuestro entorno y situación tal vez sea similar a una tormenta en la que todas las cosas se arremolinan a nuestro alrededor o nosotros mismos somos zaran-deados. No hay nada que podamos hacer para cambiar nuestro entorno, pero podemos orar. Podemos orar hasta encontrarnos en el espíritu. Podemos orar hasta entrar en la comunión divina, en el divino fluir de vida. Al estar en comunión con el Dios de paz, tenemos paz. Ésta es mi experiencia. Es posible que externamente las cosas no marchen bien, pero internamente tengo paz. ¡Esto es maravilloso!

Al final del libro de Romanos Pablo dice: “El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”. (16:20). Si yo hubiera escrito este versículo, habría hablado del Dios de poder o del Dios de autoridad, pero quien aplasta a Satanás es el Dios de paz. Así pues, cuando se encuentren en problemas, no procuren tener poder ni autoridad, sino procuren hallar paz. Disfruten al Dios de paz y experimenten la paz de Dios que es constantemente infundida a nuestro ser. En su experiencia usted verá que esa paz aplastará a Satanás. Satanás es la fuente de todo desorden, conflicto y aflicción. No luche con Satanás, pues usted no podrá derrotarlo. Sin embargo, la paz de Dios en su ser sí derrotará a Satanás. El Dios de paz aplastará a Satanás bajo sus pies. ¡Alabado sea el Señor! No hay necesidad de manifestaciones externas de entusiasmo y emoción; bastará con que usted tenga verdadera paz para que Satanás sea aplastado. Satanás es aplastado por el Dios de paz que está en su interior. Tal vez el mundo le persiga, le aflija y le cause problemas; pero Cristo es su paz. Él venció al mundo, y antes de ser crucificado alentó a Sus discípulos, diciéndoles: “La paz os dejo” (Jn. 14:27). Él nos dejó esta paz, la cual es, sencillamente, Él mismo.

La nota 1 de Filipenses 4:7 dice: “La paz de Dios es en realidad Dios como paz (v. 9) infundido en nosotros mediante nuestra comunión con Él por medio de la oración, como lo que contrarresta los problemas y como el antídoto para los afanes”. Satanás no viene a atormentarnos como alguien vestido de rojo y que tiene cola y cuernos; más bien, él simplemente llena nuestra vida con una corriente incesante de pequeñas ansiedades y afanes. Por tanto, es en el curso de nuestra vida

diaria que tenemos que experimentar la paz. La paz no puede ser algo forzado. Esta paz no puede ser fabricada ni tampoco puede ser producto de negociaciones. La paz viene a nosotros únicamente por medio de nuestra oración y comunión con el Señor. Si oramos a Dios y tenemos comunión con Él, Él mismo se infundirá a nuestro ser como paz.

**DEBIDO A LA CAÍDA DEL HOMBRE,
EN LA HUMANIDAD EXISTEN MUCHAS ORDENANZAS,
COSTUMBRES, HÁBITOS Y DIFERENTES MANERAS DE VIVIR
Y ADORAR, TODAS LAS CUALES HAN DIVIDIDO, DISPERSADO
Y CONFUNDIDO A LA HUMANIDAD; HAY PAREDES DE SEPARACIÓN
ENTRE LAS DIFERENTES NACIONALIDADES Y GRUPOS RACIALES,
POR LO CUAL ENTRE EL LINAJE HUMANO NO HAY PAZ,
SINO ÚNICAMENTE ENEMISTAD, DISCORDIA Y GUERRA**

Debido a la caída del hombre, en la humanidad existen muchas ordenanzas, costumbres, hábitos y diferentes maneras de vivir y adorar, todas las cuales han dividido, dispersado y confundido a la humanidad; hay paredes de separación entre las diferentes nacionalidades y grupos raciales, por lo cual entre el linaje humano no hay paz, sino únicamente enemistad, discordia y guerra (Ef. 2:14-15; cfr. Sal. 46:9; Is. 2:4; 9:6-7; 11:6-9; Mi. 4:3; Zac. 9:10). Esta declaración es un análisis exacto de la situación global que impera en el mundo hoy. En la actualidad, el mundo entero está lleno de enemistad, discordia y guerra. Las personas no pueden resolver estos problemas debido a que no saben cuál es la fuente de los mismos. La fuente de todos estos problemas es la caída del hombre. Debido a la caída del hombre, hay muchas ordenanzas, costumbres, hábitos y diversas maneras de vivir y adorar. Hay también diferentes credos religiosos, cosmovisiones diferentes, diferentes valores, diversas raíces culturales, normas dispares e identidades diferentes. Todas estas diferencias son el resultado de la caída del hombre, lo cual ha hecho que la humanidad esté sumamente dividida. Estas diferencias han dispersado y confundido aún más a la humanidad llevándola a un sinfín de divisiones y facciones.

Hoy en día cada individuo constituye una división, su propia división, pues cada persona tiene su propia perspectiva e identidad. Todas las ordenanzas que imperan entre los hombres separan y dividen a los pueblos, tribus, grupos lingüísticos y naciones. Todos ellos se encuentran enemistados entre sí. No se trata solamente de que tengamos diferentes maneras de hacer las cosas; más bien, nuestras diversas maneras de proceder son irreconciliables y dan por resultado que todos

nos encontramos enemistados entre sí. Los hombres sencillamente son enemigos unos de otros.

Es imposible para las naciones alcanzar la unidad. Las naciones están constantemente procurando la unidad, pero es como apretar un globo: en cuanto uno aprieta por un lado, el globo se expande por el otro lado, y si uno aprieta allí donde se produjo tal expansión, ésta se producirá en otro lado. Así pues, no hay solución para las divisiones existentes entre las naciones, pues la raíz de estas divisiones es la enemistad y discordia, profundas e intrínsecas, prevalecientes entre ellas. A causa de ciertos conflictos, las Naciones Unidas ha enviado las así llamadas “fuerzas para mantener la paz”; pero los esfuerzos de las mismas han resultado vanos pues no hay paz que mantener. Es posible que se logre, incluso, cierta apariencia de paz y que los conflictos que se desataron sean temporalmente “barridos bajo la alfombra”; pero no hay paz duradera. Incluso al interior de las familias, entre parientes y amigos, así como en la sociedad en su conjunto, no hay el menor indicio de paz. La falta de paz también puede ser vista en la tasa de divorcios, pues más de la mitad de los matrimonios en este país terminan en divorcio. En realidad, no hay posibilidad de lograr la paz debido a que el hombre cayó y se convirtió en carne, por lo cual únicamente se preocupa por sí mismo.

No obstante, en este mensaje proclamamos el evangelio de paz. Cristo murió en la cruz no sólo para redimirnos, sino también para abolir toda ordenanza imperante entre los hombres (Ef. 2:15). La distinción más grande que podía existir entre dos naciones es la representada por la separación entre judíos y gentiles. Debido a la caída del hombre, Dios llamó a un linaje particular, el linaje de los llamados, cuyo padre es Abraham. Como resultado de ello, hay una gran pared de separación entre judíos y gentiles. Sin embargo, esta pared muy elevada no solamente existe entre judíos y gentiles, sino también entre los gentiles mismos, entre todo pueblo, nación, tribu y grupo lingüístico.

Damos gracias al Señor porque en Su recobro hay santos que proceden de una gran diversidad de grupos lingüísticos y culturas. Alabo al Señor porque entre nosotros impera un estado de relativa paz. Uso la palabra *relativa* no porque no tenga fe, sino porque el estado de paz entre nosotros todavía necesita ser perfeccionado. Pero aun cuando la paz imperante entre nosotros es relativa, no deja de ser algo asombroso. En realidad es muy asombrosa. Les desafío a que encuentren otro lugar en el que experimentamos esta clase de verdadera paz que

conocemos en el recobro del Señor. No somos una especie de “Coalición Arco Iris”; así como tampoco estamos aquí para darnos apretones de manos por unos días en un esfuerzo ecuménico. Al contrario, hay verdadera paz entre nosotros. Nada más consideremos todas las diferentes nacionalidades representadas en este entrenamiento y el hecho de que todos estamos reunidos aquí en un estado de paz. Aquí hay santos de muchos países europeos diferentes, y todos ellos están juntos y en paz. A veces en una pequeña localidad hay santos de muchas nacionalidades diferentes. Esto es similar a la situación que existía en la iglesia en Antioquía tal como se relata en Hechos 13. En Antioquía había profetas y maestros de diferentes nacionalidades y culturas; no obstante, ellos estaban juntos, ministrando al Señor y ayunando en unanimidad. Podemos contemplar la misma situación entre nosotros en el recobro del Señor hoy. Cuando veo esto, me lleno de esperanza. Estoy persuadido de que verdaderamente estamos siendo perfeccionados en unidad (Jn. 17:23). La paz que hay entre nosotros puede ser considerada como un milagro que ocurre delante de nuestros ojos. La paz que impera en el recobro del Señor es, verdaderamente, un milagro, en especial cuando se compara con las diversas situaciones que existen entre los hombres hoy. Esto es posible debido a lo que Cristo logró mediante Su muerte y a la aplicación práctica de esa muerte eficaz a nuestro ser. Efesios 2:14-17 dice: “Él mismo es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad, aboliendo en Su carne la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en Sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz; y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, habiendo dado muerte en ella a la enemistad. Y vino y anunció la paz como evangelio a vosotros que estabais lejos y también paz a los que estaban cerca”. ¡Alabado sea el Señor! ¡Él nos anunció la paz a todos nosotros!

Salmo 46:9 dice: “Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra, / que quiebra el arco, corta la lanza / y quema los carros en el fuego”. Prediquemos esto a toda la tierra. Cuando Él venga a gobernar en el tiempo de la restauración, Él pondrá fin a toda guerra. Isaías 2:4 dice: “Él juzgará entre las naciones / y arbitrará entre [heb.] muchos pueblos. / Convertirán sus espadas en rejas de arado / y sus lanzas en hoces; / no alzarán espada nación contra nación / ni se adiestrarán más para la guerra”. Esto ya ha sucedido en el recobro del Señor a manera de anticipo del reino venidero del cual podemos gustar debido a que

exaltamos a Cristo como nuestro Rey. En Isaías 9:6 uno de los títulos dados a Cristo es *Príncipe de paz*, y el versículo 7 dice: “Lo dilatado de Su imperio / y la paz no tendrán límite”. En el reino de Cristo “morará el lobo con el cordero, / y el leopardo con el cabrito se acostará; / el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos, / y un niño los pastoreará. / La vaca pacerá junto a la osa, / sus crías se recostarán juntas; / y el león, como el buey, comerá paja. / El niño de pecho jugará / sobre la cueva de la cobra; / el recién destetado extenderá su mano / sobre la caverna de la víbora” (11:6-8). Esto podría aplicarse a nuestra situación actual en el recobro del Señor. Algunos de nosotros quizás seamos como leopardos, algunos otros como leones, e incluso algunos como cobras o víboras. No obstante, en el recobro del Señor, cuando estamos en nuestro espíritu, todos podemos “recostarnos juntos”. Pero si no permanecemos en nuestro espíritu, “las manchas del leopardo” serán vistas y “los colmillos de la cobra” se convertirán en un peligro. Cuando salimos de nuestro espíritu, salimos del reino y regresamos al mundo. Verdaderamente tengo la convicción de que debido a que la verdad ha sido aplicada en el recobro del Señor, la realidad de esta palabra está entre nosotros. Cuando invocamos al Señor como nuestro Pacificador, todos nos convertimos en corderitos; entonces, podemos “recostarnos” juntos en armonía gustando de un anticipo del reino venidero.

**DEBIDO A QUE NO PUEDE HABER PAZ EN EL UNIVERSO
SIN CRISTO, EL PACIFICADOR, NECESITAMOS
QUE CRISTO SEA NUESTRA OFRENDA DE PAZ**

Debido a que no puede haber paz en el universo sin Cristo, el Pacificador, necesitamos que Cristo sea nuestra ofrenda de paz (Ef. 2:14-15; Col. 1:20; Lv. 3:1-11; 7:11-37). Uno de los estatus o funciones que tiene Cristo es el de Pacificador. Una de las cinco ofrendas principales presentadas en Levítico es la ofrenda de paz. Cristo es la realidad de la ofrenda de paz debido a que Él hizo la paz mediante la sangre que derramó en Su cruz (Col. 1:20).

**Como el cumplimiento y la realidad
del tipo de la ofrenda de paz, Cristo es nuestra paz;
por medio de Él y en Él tenemos paz
con Dios y unos con otros**

Como el cumplimiento y la realidad del tipo de la ofrenda de paz, Cristo es nuestra paz; por medio de Él y en Él tenemos paz con Dios y

unos con otros (Ef. 2:14; Col. 3:15; 1 Ts. 5:13b). Cristo es la paz que disfrutamos. Si tenemos poco de Cristo, tendremos poca paz, pues Él mismo es nuestra paz (Ef. 2:14).

**Aparte de Cristo, no podemos tener paz con Dios
ni con los demás; esta paz sólo podemos obtenerla
por medio de Cristo, con Cristo y en Cristo**

Aparte de Cristo, no podemos tener paz con Dios ni con los demás; esta paz sólo podemos obtenerla por medio de Cristo, con Cristo y en Cristo (Ro. 5:1; 12:18). Romanos 5:1 dice: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Ésta es la paz vertical. Romanos 12:18 dice: “Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, vivid en paz con todos los hombres”. Ésta es la paz horizontal. Únicamente si tenemos la paz vertical podremos tener la paz horizontal. En el idioma chino existen dos palabras distintas que significan paz: *ping-an* y *khe-ping*. *Ping-an* es la paz vertical, o lo que resulta de la paz vertical. *Khe-ping* es la paz horizontal. La paz vertical es imprescindible para que venga la paz horizontal.

Ping-an es la paz personal con Dios en la cual una persona se ha reconciliado con Dios, no tiene problema alguno con Dios y Dios está satisfecho con dicha persona. Por supuesto, no podemos tener esta paz sin Cristo. Únicamente por medio de Cristo, con Cristo y en Cristo podemos tener paz para con Dios. Esta paz interna hace que tengamos calma, reposo, serenidad, quietud y libertad de toda turbación, ansiedad y aflicción. Cuando éramos pecadores, no podíamos tener tal paz, debido a que nuestra conciencia nos condenaba, y la ira de Dios estaba sobre nosotros. Pero Cristo murió por nosotros en la cruz, con lo cual puso fin a todo problema que había entre nosotros y Dios. Él nos lavó de nuestro pecado y nos reconcilió con Dios haciendo que volvámos a Dios y seamos hechos uno con Él. Ahora, en lugar de estar turbados tenemos paz. No es algo insignificante que disfrutemos de esta paz. Hoy en día todos buscan la paz. Así pues, debemos predicar este evangelio de la paz; en especial los jóvenes deben predicar este evangelio de la paz, este evangelio de *ping-an*, a sus amigos.

Khe-ping es la paz entre dos partes o partidos, no solamente entre el hombre y Dios, sino entre los hombres. *Khe-ping* significa “concordia, armonía, orden y tranquilidad entre los hombres”. Es ser libres de todo conflicto, pugna y guerra entre los hombres. Ya sea la

paz *ping-an* o la paz *khe-ping*, ésta es traída a nosotros por medio de Cristo y en Cristo. ¡Aleluya por esta paz!

Un ejemplo de la ofrenda de paz es el becerro gordo de Lucas 15:23-24, el cual representa el disfrute apacible entre el padre que recibe, Dios, y el hijo pródigo que regresa, el pecador

Un ejemplo de la ofrenda de paz es el becerro gordo de Lucas 15:23-24, el cual representa el disfrute apacible entre el padre que recibe, Dios, y el hijo pródigo que regresa, el pecador. Cuando el hijo pródigo regresó, el becerro gordo fue sacrificado. Esto describe a Cristo como Aquel que es nuestra ofrenda de paz para que disfrutemos del Dios que nos recibe. Es como si Dios nos dijera: “Te recibo, hijo pródigo, porque el becerro gordo ha sido sacrificado. La ofrenda de paz ha sido ofrecida. Se hizo la paz. Ya no tengo más problemas contigo. Ven, comamos y alegrémonos”. Éste es el evangelio.

**CRISTO ES PAZ, CRISTO HIZO LA PAZ,
Y CRISTO VINO PARA ANUNCIAR LA PAZ COMO EVANGELIO**

Cristo es paz, Cristo hizo la paz, y Cristo vino para anunciar la paz como evangelio (Ef. 2:13-17). Cristo es la paz en Su encarnación, Cristo hizo la paz en Su crucifixión, y Cristo vino a anunciar la paz en Su resurrección. El verdadero “proceso de paz” es el proceso por el cual Cristo pasó para traernos la paz.

Cristo mismo es “nuestra paz”, que de ambos pueblos, los judíos y gentiles, hizo uno

Cristo mismo es “nuestra paz”, que de ambos pueblos, los judíos y gentiles, hizo uno (v. 14). La frase *nuestra paz* no solamente se refiere a nuestra paz con Dios, sino también a la paz entre judíos y gentiles. Cristo hizo de los judíos y gentiles un solo pueblo. No es algo insignificante que los judíos y gentiles sean uno, y si ellos pueden ser uno, todos nosotros podemos ser uno.

En la cruz Cristo abolió la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad; en particular, Él murió para quitar la pared que separaba a los judíos y los gentiles

En la cruz Cristo abolió la ley de los mandamientos expresados en

ordenanzas y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad; en particular, Él murió para quitar la pared que separaba a los judíos y los gentiles (vs. 14-15). La abolición de la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas es un aspecto de la crucifixión de Cristo que rara vez se predica hoy en día. Prácticamente nosotros somos los únicos que predicamos esto. Por tanto, en todo lugar al que vayamos debemos predicar el evangelio que anuncia que Cristo abolió en la cruz la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas.

Al abolir la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, Cristo derribó la pared intermedia de separación, la enemistad, y por tanto eliminó la separación entre los judíos y los gentiles. El aspecto ritual de la ley judía —principalmente compuesto de la circuncisión, de las restricciones dietéticas y del Sábado— había hecho que los judíos estuvieran separados de los gentiles.

Los gentiles también tienen su propio conjunto de ordenanzas, filosofías, perspectivas y demás cosas parecidas. En la cruz Cristo anuló tales ordenanzas, clavándolas en la cruz (Col. 2:14). Esto no se aplica al aspecto moral de la ley de Dios, sino a su aspecto ritual, esto es, a las leyes que atañen a las costumbres, los hábitos, las formas y las diversas maneras de vivir y adorar. Esto significa que nuestra cultura ha sido abolida. No debiéramos enorgullecernos tanto de nuestra cultura. Por ejemplo, los hermanos y hermanas británicos tal vez enfatizan la palabra *Gran* cuando mencionen Gran Bretaña; pero la cultura británica fue clavada en la cruz. La cultura china también fue crucificada. Si bien la cultura coreana es una pared de separación muy alta, ella también fue derribada por completo. Nuestras culturas pueden ser muy buenas, pero ellas nos separan, impidiéndonos ser uno en el Cuerpo de Cristo.

Quizás llegue el día cuando en nuestras fiestas de amor no podamos decir a qué cultura representa cierta comida. En las fiestas de amor de mi localidad tenemos una mesa para la comida mejicana, otra para la coreana, otra para la china y otra para la estadounidense. A veces quisiera mezclar todos esos tipos de comidas de tal modo que fuera imposible distinguir una cultura de otra. Por supuesto, tal vez eso no sería tan sabroso, pero lo que deseo recalcar es que todavía hay mucho de la cultura humana en nuestro vivir que no es Cristo mismo. Nuestras diferencias culturales pueden perjudicar la unidad. Nuestra cultura está corporificada o expresada principalmente en nuestro idioma y en nuestros alimentos. Si quitásemos estos elementos, eso sería el fin de nuestra

cultura. Si deseo unirme a una determinada cultura, bastará con que hable su idioma y coma su comida. Si quiero encajar en Inglaterra tendré que comer pescado con papas fritas y hablar el inglés de la reina. Estos ejemplos sirven para subrayar la referencia que hicimos al estado de relativa paz que hay en el recobro del Señor. Todavía no hemos llegado a la meta. Todavía estamos muy encasillados en nuestras propias culturas. Ciertamente tenemos necesidad del Señor, el Pacificador, para que Él nos libre de todas nuestras diferentes culturas.

*La paz es posible únicamente
cuando se ha puesto fin a todo lo que
es contrario a la economía de Dios*

La paz es posible únicamente cuando se ha puesto fin a todo lo que es contrario a la economía de Dios (1:20; 2:14-15; 3:15). A fin de tener esta paz, tenemos que ser como Pablo. En el *Estudio-vida de Filipenses* el hermano Lee dice:

El evangelio que Pablo predicaba era el evangelio de la economía de Dios, para lo cual había tenido que renunciar a la religión, la ley, la cultura, las ordenanzas, las costumbres, las tradiciones y a todo tipo de “-ismo”. De hecho [este evangelio] ponía fin a todo lo que no pertenecía a la economía de Dios. Su evangelio anulaba la religión, la política y la cultura, y en cierto sentido, podemos decir que también nos pone fin a nosotros mismos. Por esa razón, Pablo fue considerado un perturbador, una plaga (Hch. 24:5).

A pesar de que el evangelio anunciado por el apóstol Pablo le ponía fin a todo lo que era contrario a la economía de Dios, él se refirió a su evangelio como el evangelio de la paz (Ef. 2:17; 6:15). En Efesios 2:17 Pablo declaró que Cristo, después de Su crucifixión y resurrección, fue a los gentiles y les anunció el evangelio de la paz. La paz sólo se obtiene cuando se ha dado fin a todo lo que es contrario al evangelio. Es necesario poner fin a la religión, la política, la cultura, las ordenanzas y a la ley, para que reine la paz entre Dios y nosotros, y entre unos y otros. Ya que Pablo anunciaba un evangelio que le ponía fin a tantas cosas, su predicación no era bien recibida por los hombres. Él no trataba de complacer ni a judíos ni a gentiles, sino que sólo se preocupaba por agradar a Dios. Por consiguiente, su

predicación iba en contra de la religión, la política, la cultura, y de toda clase de “-ismo”. (págs. 21-22)

Hoy en día manifestamos gran aprecio por Pablo, pero si él estuviera entre nosotros hoy, tal vez no le amaríamos tanto, pues su predicación nos aniquilaría; es decir, aniquilaría todo cuanto pertenece a nuestras raíces y cultura. Cuando se haya puesto fin a todo ello, habrá paz. Mientras nuestra cultura siga viva, la paz será imposible. La solución de Dios, la manera en que Él trae la paz, consiste en ponerle fin a todo cuanto no sea Cristo. ¡Oh, que Su cruz realice esta obra y aún más en nuestra vida de iglesia!

*Por medio de la sangre de Cristo
fuimos hechos cercanos
tanto a Dios como al pueblo de Dios*

Por medio de la sangre de Cristo fuimos hechos cercanos tanto a Dios como al pueblo de Dios (Ef. 2:13, 18-19).

**En la resurrección,
Cristo vino como el Espíritu
para predicar la paz como evangelio**

En la resurrección, Cristo vino como el Espíritu para predicar la paz como evangelio (v. 17). Cristo hizo la paz por medio de Su crucifixión, pero en Su resurrección, Cristo, como Espíritu, vino para predicar la paz como evangelio. Juan 14:26 dice: “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi nombre, Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que Yo os he dicho”. El Padre envió al Consolador, el Espíritu Santo, en el nombre del Hijo. El versículo 28 habla de la ida del Señor en muerte y de Su venida en resurrección. Entre ambos versículos, el Señor dijo: “La paz os dejo” (v. 27). Por ende, el contexto del versículo 27 indica que la paz que nos fue dejada por Cristo era Él mismo, quien vino a nosotros como el Espíritu en resurrección. En resurrección Cristo vino como el Espíritu para anunciarnos la paz como evangelio (Ef. 2:17). Al anoecer del día de Su resurrección, el Señor vino a los discípulos y les dijo dos veces: “Paz a vosotros” (Jn. 20:19, 21). Después, Él sopló en ellos diciéndoles: “Recibid el Espíritu Santo” (v. 22). El hecho de haber soplado en ellos fue el cumplimiento de la palabra que Él les habló en 14:27. Ésa fue la venida del Cristo pneumático al interior de ellos, la venida de Aquel que predica la paz como evangelio.

*El Cristo que murió como el Pacificador,
derramando Su sangre para reconciliarnos con Dios,
vino a nosotros como el Espíritu vivificante,
e incluso como el Espíritu que predica,
para predicar el evangelio de la paz*

El Cristo que murió como el Pacificador, derramando Su sangre para reconciliarnos con Dios, vino a nosotros como el Espíritu vivificante, e incluso como el Espíritu que predica, para predicar el evangelio de la paz (Col. 1:20; 1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17a; Jn. 20:19, 21, 26; 14:27; 16:33). Adondequiera que va el Espíritu, éste Espíritu predica la paz.

Jonás es un tipo del Cristo que anuncia el evangelio de la paz

Jonás es un tipo del Cristo que anuncia el evangelio de la paz (Jon. 1:1; 3:2). Jonás fue enviado por Dios a predicar el evangelio a Nínive, una ciudad gentil maligna, pero él se rehusó a ir. No obstante, a la postre, Dios hizo que Jonás se volviera de los judíos a los gentiles. Dios colocó a Jonás en el vientre de un gran pez durante tres días y tres noches. Cuando salió, llegó a ser una señal para arrepentimiento a aquella generación. Jonás fue un tipo del Cristo que vino a anunciar el evangelio de la paz. En Su muerte Cristo estuvo en el corazón de la tierra por tres días y tres noches (Mt. 12:40). Después, al salir de la muerte, en resurrección, llegó a ser un testimonio y nos predicó el evangelio de la paz.

*El nombre hebreo Jonás significa “paloma”;
esto indica que Dios quería que Jonás saliera
como una paloma a predicar el evangelio de la paz*

El nombre hebreo Jonás significa “paloma”; esto indica que Dios quería que Jonás saliera como una paloma a predicar el evangelio de la paz (1:1). No debemos ser como el cuervo, la primera ave que Noé envió y que no regresó a él por haber encontrado cadáveres para comer (Gn. 8:7). Debemos ser como la paloma (vs. 8-9), la cual denota algo puro. La paloma tipifica a Cristo como el verdadero Jonás (Mt. 12:41), quien predica el evangelio de la paz.

*Jonás tipifica al Cristo que predica
el evangelio de la paz a los gentiles*

Jonás tipifica al Cristo que predica el evangelio de la paz a los

gentiles (3:2; Mt. 12:41). En Mateo 12:41 el Señor dijo: “Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron ante la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar”. La nota para este versículo dice:

Cristo, como el Profeta enviado por Dios a Su pueblo (Dt. 18:15, 18), es más que el profeta Jonás. Jonás fue el profeta que se volvió de Israel a los gentiles y que fue llevado al vientre del gran pez. Después de estar allí tres días, salió y llegó a ser una señal a aquella generación para arrepentimiento (Jon. 1:2, 17; 3:2-10). Esto tipificaba que Cristo, quien se volvería de Israel a los gentiles y sería sepultado en el corazón de la tierra tres días y luego resucitaría, llegaría a ser una señal a esta generación para salvación.

**EL CABALLO BLANCO DE APOCALIPSIS 6:2 ES UN SÍMBOLO
DE LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO DE LA PAZ,
UN EVANGELIO LIMPIO, PURO, JUSTO Y APROBADO
A LOS OJOS DE LOS HOMBRES Y DE DIOS**

El caballo blanco de Apocalipsis 6:2 es un símbolo de la predicación del evangelio de la paz, un evangelio limpio, puro, justo y aprobado a los ojos de los hombres y de Dios. Hoy en día el caballo blanco, el cual es el evangelio de la paz, está corriendo. La apertura de los siete sellos en el libro de Apocalipsis representa la revelación del misterio de la economía de Dios. Apocalipsis 6:2, al revelar el contenido del primer sello, dice: “Miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió conquistando, y para conquistar”. La nota 2 dice:

Los primeros cuatro sellos consisten en cuatro caballos y sus jinetes, y son como una carrera de cuatro caballos. Los cuatro jinetes no son personas sino cosas personificadas. Es evidente que el jinete del segundo caballo, el caballo bermejo, es la guerra (v. 4), que el jinete del tercer caballo, el caballo negro, es el hambre (v. 5), y que el jinete del cuarto caballo, el caballo amarillento, es la muerte (v. 8). Según los hechos históricos, el jinete del primer caballo, el caballo blanco, debe de ser el evangelio, y no Cristo ni el anticristo, como algunos interpretan. Inmediatamente después de la ascensión de Cristo, estas cuatro cosas —el evangelio, la guerra, el hambre y la muerte— empezaron a correr como

jinetes en cuatro caballos, y continuarán corriendo hasta que Cristo regrese. A partir del primer siglo, el evangelio se ha propagado a lo largo de estos veinte siglos. Simultáneamente, la guerra entre los seres humanos ha proseguido. La guerra siempre ha causado hambre y el hambre produce muerte. Todo esto continuará hasta el fin de esta era.

Cuando los sellos de la economía neotestamentaria de Dios empezaron a abrirse después de la ascensión del Señor, el primer aspecto en ser abierto fue el evangelio. La economía de Dios empezó con el evangelio. El evangelio viene seguido por otros tres caballos, los cuales representan la guerra, el hambre y la muerte. Estas cuatro cosas: el evangelio, la guerra, el hambre y la muerte, describen la historia de la humanidad desde la ascensión del Señor.

**En la cruz la flecha fue arrojada y penetró
en el corazón del enemigo,
la batalla fue peleada y la victoria se ganó;
por lo tanto, el arco sin flecha es una declaración
de que la guerra ya terminó y que la victoria se ganó
para constituir el evangelio de la paz**

En la cruz la flecha fue arrojada y penetró el corazón del enemigo, la batalla fue peleada y la victoria se ganó; por lo tanto, el arco sin flecha es una declaración de que la guerra ya terminó y que la victoria se ganó para constituir el evangelio de la paz (Sal. 45:5; Jn. 12:31; He. 2:14; Ef. 6:15). Nosotros no debemos intentar disparar la flecha, ésta ya fue disparada en la cruz. Esta flecha está ahora clavada en el corazón del diablo. Al declarar la victoria del Señor podemos torcer esta flecha. ¡El enemigo ha sido destruido! La cabeza de Satanás ha sido aplastada (Gn. 3:15); aquel que tenía el imperio de la muerte ha sido destruido (He. 2:14); se ha obtenido la victoria (1 Co. 15:54, 57); Jesucristo es el Señor (Fil. 2:11); se hizo la paz (Col. 1:20); y el evangelio está siendo proclamado (Gá. 2:2; Col. 1:23). No estorbemos al caballo blanco, sino que cabalgemos en él. Los hermanos y hermanas más jóvenes deben permanecer montados sobre el caballo blanco e ir a las universidades para declarar el evangelio de la paz a sus compañeros de clase y a sus amigos.

**Ahora la lucha ha terminado, y el evangelio de la paz
es proclamado de una manera pacífica**

Ahora la lucha ha terminado, y el evangelio de la paz es proclamado

de una manera pacífica (Hch. 10:36; Ef. 2:17; 6:15). La nota 5 de Apocalipsis 6:2 dice: “A través de los siglos, dondequiera que el evangelio ha sido predicado, ha conquistado y vencido toda clase de oposición y ataques”. Hoy en día sucede lo mismo. No debemos temer porque estamos del lado del evangelio victorioso. Este evangelio trae paz a todos los que lo reciben.

**EN EL VIVIR CORPORATIVO DEL CUERPO
Y PARA EL VIVIR CORPORATIVO DEL CUERPO,
NECESITAMOS QUE CRISTO SEA NUESTRA PAZ**

**En el vivir corporativo del Cuerpo debemos guardar
la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz**

En el vivir corporativo del Cuerpo y para el vivir corporativo del Cuerpo, necesitamos que Cristo sea nuestra paz (Ef. 2:14; 4:3; Col. 3:15). En el vivir corporativo del Cuerpo debemos guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef. 4:3). Guardamos la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz mediante la obra que efectúa la cruz por el Espíritu. Debemos experimentar la obra de la cruz a fin de tener la verdadera unidad en el vivir corporativo del Cuerpo.

*Cristo abolió en la cruz todas las diferencias
que había entre la humanidad ocasionadas por las ordenanzas,
y al hacer esto Él hizo la paz para Su Cuerpo;
esta paz debe unir a todos los creyentes
y por lo tanto llegar a ser el vínculo de la paz*

Cristo abolió en la cruz todas las diferencias que había entre la humanidad ocasionadas por las ordenanzas, y al hacer esto Él hizo la paz para Su Cuerpo; esta paz debe unir a todos los creyentes y por lo tanto llegar a ser el vínculo de la paz (2:15; 4:3). En Israel las personas se saludan, diciendo *shalom*, que significa “paz”. Pero somos nosotros los que podemos decir esto en realidad. Cuando nos vemos podemos decir: “Paz, hermano. Paz, hermana”. Esta paz nos une unos a otros.

*Si permanecemos en la cruz al practicar la vida de iglesia,
la paz que Cristo hizo en la cruz llegará a ser el vínculo
en el cual guardemos la unidad del Espíritu*

Si permanecemos en la cruz al practicar la vida de iglesia, la paz que Cristo hizo en la cruz llegará a ser el vínculo en el cual guardemos la unidad del Espíritu (Mt. 16:24; Ro. 6:6; Gá. 2:20; Ef. 2:15; 4:3). Si

carecemos de experiencias de la cruz, no tendremos paz. Allí donde está la cruz, hay verdadera paz. Cuando tengamos muchas experiencias de la cruz; entonces tendremos mucha paz. Si permaneciéramos en la cruz todo el tiempo, no conoceríamos otra cosa que no sea la paz. La única manera de tener paz es que nuestro yo, nuestra cultura, nuestros antecedentes y todos nuestros puntos de vista y opiniones sean crucificados. Entonces podremos guardar la unidad del Espíritu.

Las barras que unían las tablas del tabernáculo representan el espíritu mezclado —el Espíritu divino mezclado con el espíritu humano regenerado— el cual llega a ser el vínculo de la paz; en nuestra experiencia, el vínculo de la paz es la cooperación que nuestro espíritu le brinda al Espíritu que une, el Espíritu que nos cruza

Las barras que unían las tablas del tabernáculo representan el espíritu mezclado —el Espíritu divino mezclado con el espíritu humano regenerado— el cual llega a ser el vínculo de la paz; en nuestra experiencia, el vínculo de la paz es la cooperación que nuestro espíritu le brinda al Espíritu que une, el Espíritu que nos cruza (Éx. 26:26-29; Ef. 4:3). Las cuarenta y ocho tablas del tabernáculo se encuentran en posición vertical, en contacto una con otra, pero deben ser sostenidas de alguna manera. Las tablas nos tipifican a nosotros los creyentes. Podemos estar recubiertos de oro y tener los anillos de oro en nosotros, pero si las barras de madera de acacia recubiertas de oro no nos cruzan y unen horizontalmente, no habrá tabernáculo, ni edificación, ni coordinación ni paz verdadera. Debemos permitir que el Espíritu que une, el cual es el Espíritu que nos cruza, pase a través de nosotros de manera horizontal.

Cristo ya hizo la paz. Él es nuestra paz en la vida del Cuerpo. Ahora tenemos que cooperar con el Espíritu cuando la ocasión así lo demande. Debemos permitir que el Espíritu nos crucifique. El Espíritu que nos crucifica o cruza generalmente procede de otro creyente porque no sólo se trata del Espíritu Santo, sino del espíritu mezclado, es decir, del Espíritu Santo mezclado con el espíritu humano. El Espíritu que nos cruza no solamente procede de arriba, sino que es principalmente horizontal, pues procede de los hermanos y hermanas. Tenemos que aprender la lección de recibir al Espíritu que nos cruza cuando éste viene a nosotros. Cuando le permitimos que venga a nosotros y fluya de nosotros hacia los demás, entonces experimentamos el

vínculo de la paz y el verdadero vivir corporativo del Cuerpo en términos prácticos.

Para tener la vida del Cuerpo, necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro, que regule y decida todas las cosas de nuestro corazón en nuestras relaciones con los miembros de Su Cuerpo

Para tener la vida del Cuerpo, necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro, que regule y decida todas las cosas de nuestro corazón en nuestras relaciones con los miembros de Su Cuerpo (Col. 3:15). La expresión *sea el árbitro* usada en Colosenses 3:15 también puede significar que “juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones” (nota 2). Cuando Cristo, el Príncipe de paz (Is. 9:6), sea nuestro árbitro de este modo, tendremos verdadera paz en la vida de iglesia.

Fuimos llamados a la paz de Cristo en un solo Cuerpo

Fuimos llamados a la paz de Cristo en un solo Cuerpo (Col. 3:15).

Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas que haya entre nosotros; entonces tendremos paz con Dios verticalmente, y con los santos, horizontalmente

Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas que haya entre nosotros; entonces tendremos paz con Dios verticalmente, y con los santos, horizontalmente (1:20; 3:15). Hemos sido llamados a la paz de Cristo. Cuando nos hallamos coordinando juntos, debemos permitir que sea el Señor quien tenga la última palabra. Debemos permitir que Dios tenga la palabra final; permitir que la paz de Cristo sea el árbitro. Él resolverá toda discordia.

La paz de Cristo, al actuar como árbitro, elimina las fricciones que hay entre los miembros del Cuerpo, y la vida de iglesia es preservada en unidad y en dulzura

La paz de Cristo, al actuar como árbitro, elimina las fricciones que hay entre los miembros del Cuerpo, y la vida de iglesia es preservada en unidad y en dulzura (vs. 12-15; Ro. 12:4-5, 18; 14:19; He. 12:14). Esto es

confirmado por nuestra experiencia. En algunas iglesias no hay dulzura ni armonía debido a que hay fricciones. Estas fricciones ocultas pueden permanecer por décadas sin jamás haber sido resueltas ni disueltas. Debemos conocer la paz de Cristo y permitir que esta paz tenga la palabra final. Lo que nosotros decimos no tiene importancia. Necesitamos la misericordia del Señor para poder aprender la lección de que lo que importa es lo que el Señor dice.

**A FIN DE PARTICIPAR EN LA GUERRA ESPIRITUAL,
DEBEMOS CALZAR NUESTROS PIES CON EL FIRME CIMIENTO,
EL ESTABLECIMIENTO, DEL EVANGELIO DE LA PAZ**

A fin de participar en la guerra espiritual, debemos calzar nuestros pies con el firme cimiento, el establecimiento, del evangelio de la paz (Ef. 6:11, 14-15). En la cruz Cristo hizo la paz por nosotros, tanto con Dios como con los hombres, y esta paz ha venido a ser nuestro evangelio (2:13-17). Este evangelio de la paz ha sido establecido como un firme cimiento con el cual podemos calzar nuestros pies; estando calzados así, tendremos una posición firme para poder estar de pie y pelear la batalla espiritual (6:11, 14-15).

Efesios 6 habla de la guerra espiritual y de toda la armadura de Dios. En esta guerra nuestra principal forma de luchar es estar firmes. Pablo nos insta a “estar firmes contra las estratagemas del diablo” (v. 11) y nos exhorta, diciendo: “Tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes” (v. 13); y también: “Estad, pues, firmes” (v. 14). En el libro *Sentaos, andad, y estad firmes*, el hermano Nee dice que la frase *estad firmes* se refiere a Efesios 6. Peleamos esta guerra al estar firmes, al mantener nuestra posición y terreno. Al estar firmes, nuestros calzados son cruciales; por ello, el versículo 15 dice: “Calzados los pies con el firme cimiento del evangelio de la paz”. En toda la armadura de Dios, los calzados son el evangelio de la paz. Nuestros pies deben estar calzados con el firme cimiento del evangelio de la paz. Nuestro cimiento en la guerra espiritual, el que nos permite estar firmes, es el evangelio de la paz. Esto concuerda con Romanos 16:20, donde dice: “El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies”. Es esta paz la que se enfrentará al enemigo y es esta paz la que edificará el Cuerpo de Cristo. Así pues, debemos ser proclamadores, heraldos y anunciadores de este evangelio de la paz—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE DIOS

El evangelio de la gloria de Cristo (Mensaje 6)

Lectura bíblica: 2 Co. 4:3-7; 1 Ti. 1:11

- I. La gloria es un atributo de Dios; la gloria es la expresión de Dios, Dios expresado en Su esplendor—Éx. 40:34; Hch. 7:55; 2 P. 1:3; Ap. 21:11.
- II. La gloria de Dios está íntimamente relacionada con la economía de Dios—Ef. 1:6, 10, 12, 14; 3:21; 5:27:
 - A. El Dios Triuno es un Dios de gloria—Hch. 7:2; Ef. 1:17; 3:14, 16; 1 Co. 2:8; 2 Co. 4:6; 1 P. 4:14.
 - B. La meta eterna de Dios es llevar a Sus muchos hijos a la gloria—He. 2:10; 1 Co. 2:7; Ef. 1:5-6, 12, 14.
 - C. El hombre fue creado por Dios a Su imagen a fin de que expresara a Dios en Su gloria—Gn. 1:26; Col. 1:15; 2 Co. 4:4, 6.
 - D. Dios nos creó como vasos para honra preparados para gloria; fuimos predestinados en Su soberanía para ser Sus vasos que expresan lo que Él es en Su gloria—Ro. 9:21, 23.
 - E. Pecar es carecer de la gloria de Dios y, por ende, es expresar el pecado y el yo pecaminoso, y amar la gloria de los hombres más que la gloria de Dios—3:23; Jn. 5:44; 7:18a; 12:43.
 - F. La redención de Cristo cumplió los requisitos de la gloria de Dios—Ro. 3:24-25; He. 9:5; cfr. Gn. 3:24.
 - G. Por medio del evangelio de la gloria de Cristo, Dios nos llamó por medio de Su gloria eterna y para ella—2 Co. 4:4; 1 Ti. 1:11; 1 Ts. 2:12; 1 P. 5:10; 2 P. 1:3.
 - H. El Cristo todo-inclusivo mora en nosotros como la esperanza de gloria—Col. 1:27; 3:4, 11; 1 Co. 15:45.
 - I. Al mirar y reflejar la gloria del Señor, somos transformados a la imagen del Señor de gloria en gloria—2 Co. 3:18.
 - J. La meta de la salvación orgánica que Dios efectúa, y también la última etapa de esta salvación, es la gloria: nuestra glorificación—He. 2:10; Ro. 8:17, 21, 30.